

Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación
Prof. Alberto Sileoni

Secretaría de Educación
Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Jefe de Asesores de Gabinete
Lic. Jaime Perczyk

Subsecretaría de Equidad y Calidad Educativa
Lic. Mara Brawer

Director Nacional de Políticas Socioeducativas
A.S. Pablo Urquiza

Directora del Plan Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan



“El día de los panaderos” de Laura Devetach
En *La plaza del piolín*. Editorial Alfaguara
© Alfaguara, 2001



Colección: “Pase libre a la lectura”

Ilustraciones: Rocío Arozarena

Fotografías de la colección: Mariana Monteserin, Paula Salvatierra, Daniel Santoyo,
Elizabeth Sánchez y Natalia Volpe

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011 (Juan Salvador de Tullio, Mariana
Monteserin, Paula Salvatierra, Elizabeth Sánchez y Natalia Volpe. Revisión: Silvia Pazos)

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

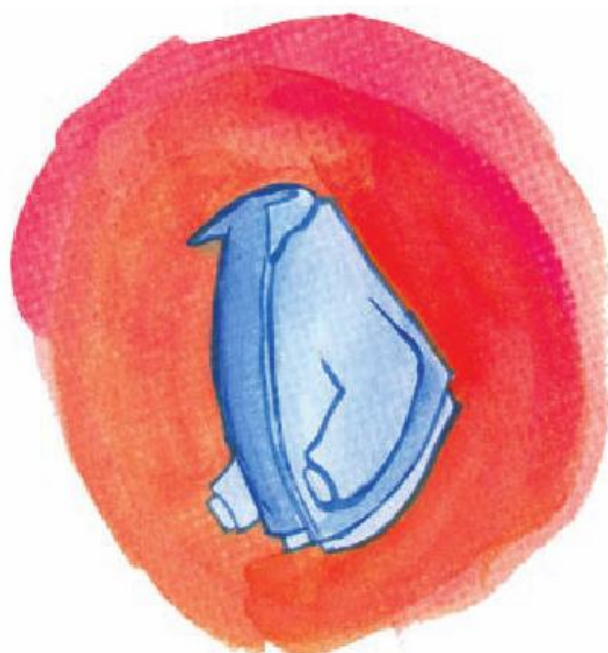
Tel: (011) 4129-1075/1127

consultas-planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, reimpresión 2011

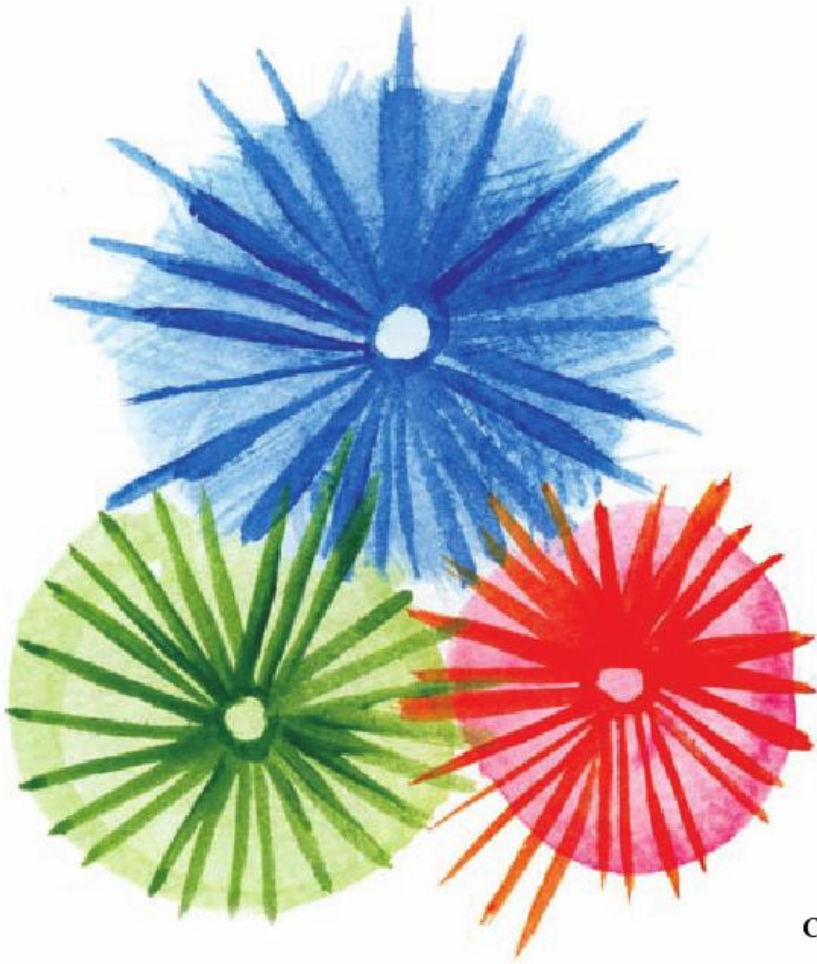
EL DÍA DE LOS PANADEROS

Laura Devetach



Dicen que una leyenda es algo que sucedió allá por el año verde, o en las épocas del Botón Bumbula. Sin embargo voy a contar una historia que pasó en estos últimos meses y que, seguro, algún día rodará por allí como una leyenda.

Todo empezó cuando Pirulo se puso la vieja campera azul para ir a la escuela. Hacía tiempo que no la usaba. Y no se acordaba para nada de lo que había guardado en los bolsillos.



Un día en el que salió de aventuras con Pierino, su primo que estaba en séptimo, Pirulo las encontró. Colgaban de una planta y le llamaron mucho la atención.

Eran los frutos. Muchas vainas gorditas que se balanceaban.

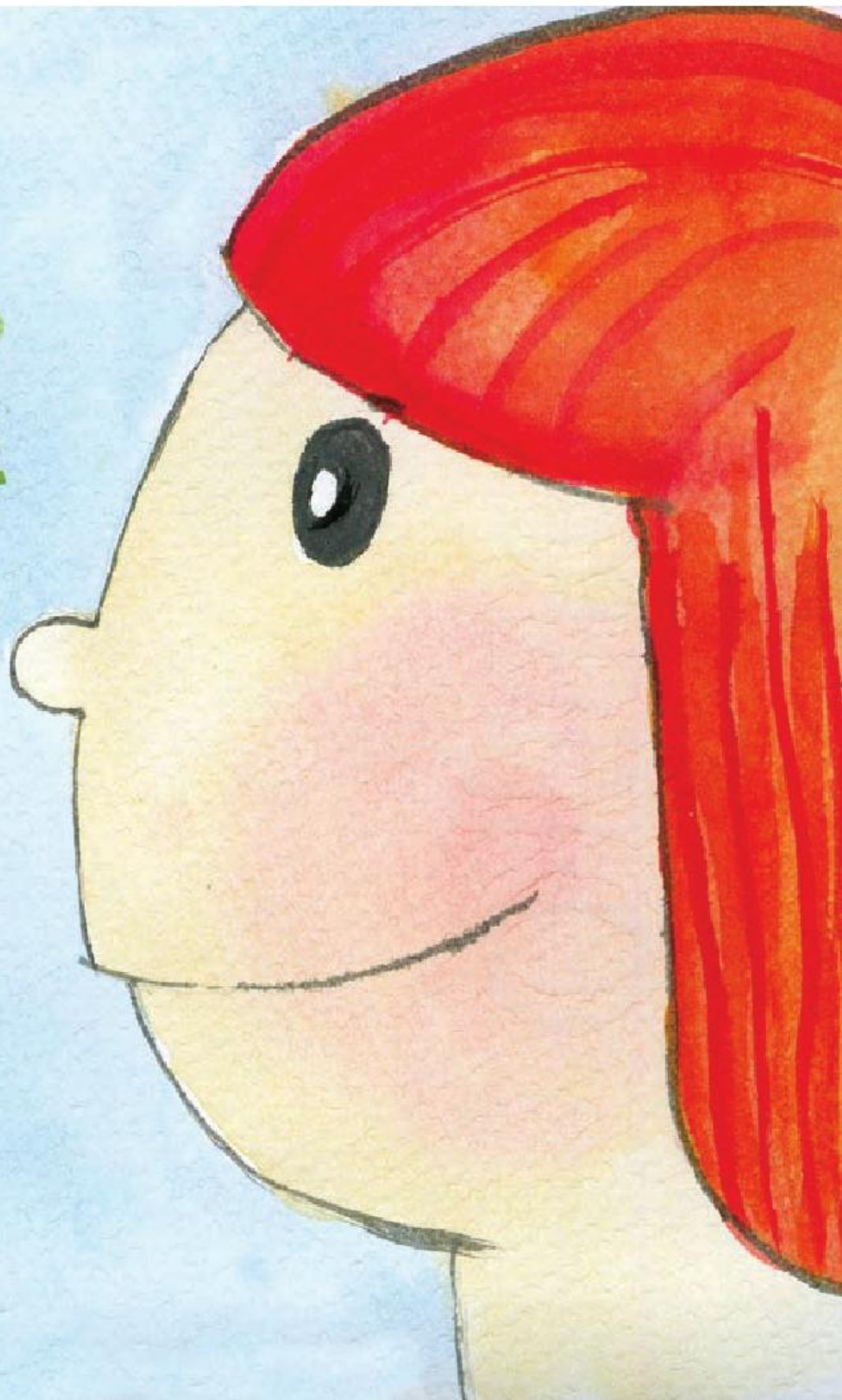
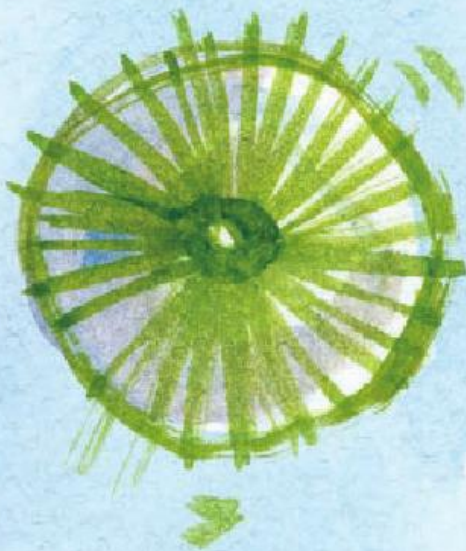
Parecían hechas de tela, un adorno en medio del enjambre de hojas.

Pirulo sacó un montón y las guardó en los bolsillos de la campera, que quedaron pegoteados por la leche que despedían los tallos.

Esta mañana de Buenos Aires estaba bien fría. Pirulo, peinado y convertido en Juan Carlos Chicle, aspiró el olor del pan caliente y del café. Tomó el desayuno con ganas, pero no fue suficiente para entrar en calor. Necesitaba el abrigo de la vieja campera azul. Y se la puso. Le dio alegría reencontrarse con la campera de Pirulo. Ahora le quedaba corta de mangas, pero no importaba. Juntos se fueron a la escuela.

Entonces empezó a suceder. Salieron de a uno, como inseguros. Después, a borbotones. De golpe, todo fue una nube de panaderos.

Salían y salían de las vainas ya secas que estaban en los bolsillos de la campera azul. Hicieron una peluca espumosa alrededor de la cabeza de Juan Carlos Chicle, y de tanto dar vueltas le tejieron una especie de mareo.



Todo esto pasó en la escuela, en un grado nuevo. Juan Carlos apenas empezaba a conocer a la señorita Sonia y, como todos, miraba de lejos a la señora de Orellano, que tenía fama de ser una directora muy recta y que no se reía nunca.

–En la escuela de la señora de Orellano no se juega –eso decían en el barrio.

La cuestión es que estaban en el aula, y Juan Carlos respiraba y los panaderos volaban montados en su respiración, rozando caras y bocas que empezaron a reírse.

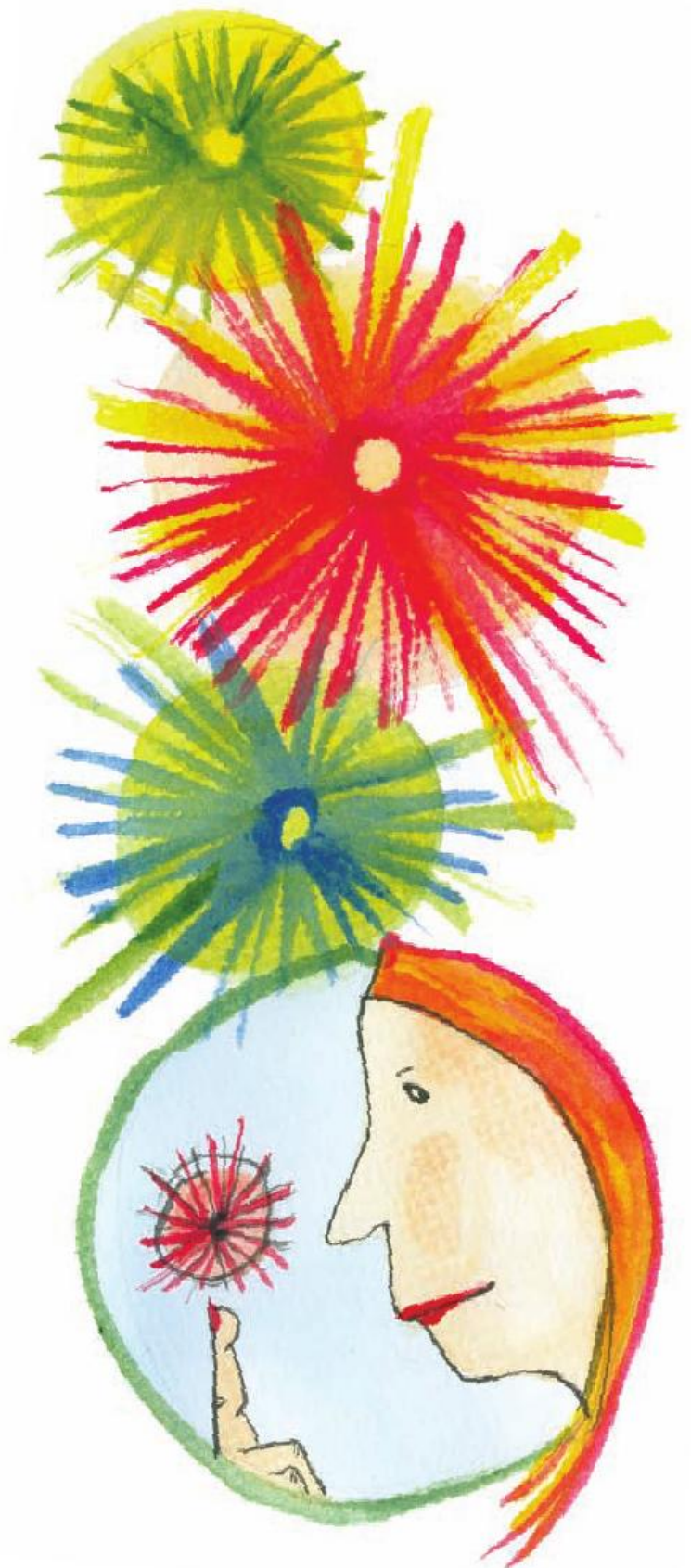


Juan Carlos caminaba y los panaderos daban vueltas de planetas atolondrados a su alrededor. Y entonces él sentía que todos lo miraban, como si fuera el sistema solar completo.

De pronto cada chico fue un sol y la señorita Sonia también fue un sol. Cada cual con sus planetas, que seguían saliendo de los bolsillos.

Los chicos y las chicas quisieron cazar a los panaderos. Pero ellos no se dejaban. No se dejan. Se elevan con una burla de pelusa para posarse donde se les da la gana.

Las cosas se complicaron cuando sonó el timbre del recreo y alguien abrió la puerta. Los panaderos salieron al patio y envolvieron en su vuelo a los demás chicos y a las maestras y al portero.





El patio era un baile increíble. Cuando sonó el timbre del final del recreo, ¿quién lo podía parar?

Entonces apareció la señora de Orellano.

Estaba firme en la galería tratando de decir algo, con los brazos extendidos, en medio del bochinche. Cuando la señora de Orellano quería silencio, se quedaba inmóvil, con los brazos extendidos.

Los chicos se fueron tranquilizando hasta quedarse quietos. Pero los panaderos no.

Entonces dicen que alguien empezó a soplar (¿Pirulo?)... Otros dicen que fue el viento, vaya a saber.

Lo cierto es que los panaderos, en tropilla, empujados, rodearon a la señora de Orellano. Se le prendieron en el peinado, le hicieron cosquillas en la nariz, y uno se le posó

en la punta del dedo índice justo en el momento en que ella quería decir que en esta escuela no se juega.

Eso se cuenta.

Fue entonces cuando a la señora de Orellano, de a poquitito, le dio el ataque de risa. Se miraba el dedo y se reía, lo mostraba como si mostrara a un pájaro enano y se reía. A lo mejor queriendo decir: “¡Qué le vamos a hacer! ¡Son cosas de panaderos!”.

Y cuentan también que de pronto un pañuelo se agitó en el aire (¿Pirulo?) y después otro y otro. Y así se inventó un viento en el patio de la escuela, aquel día. Un viento que los llevó a todos a la calle. Salvo una o dos personas de la escuela, todos los demás giraban en la plaza con los panaderos. Fue memorable.

Cuentan los vecinos que se preguntaron extrañados:

—¿Habría fiesta hoy en la escuela?
¿No estará la señora de Orellano para que todos anden en la calle?...
¡Pero sí, ahí está la



señora de Orellano! ¿Qué pasa?

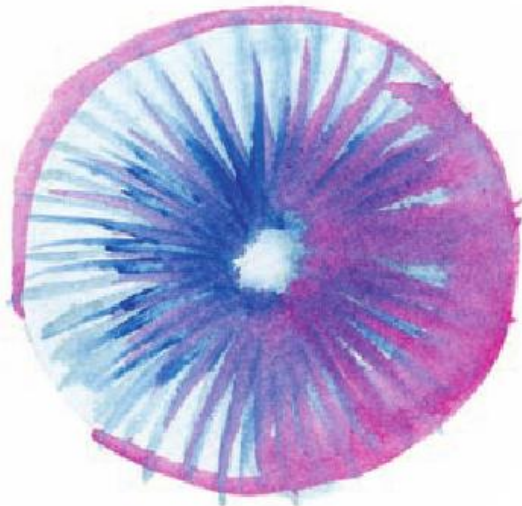
Los chicos, las maestras y la señora de Orellano despidieron a los panaderos.

Algunos se posaron sobre la tierra de la plaza y dejaron sus semillas. Después, más livianos, se fueron.

Juan Carlos Pirulo sembró algunas, que ya brotaron. No las pierde de vista. Don Sandalio cuida las plantas.

En el barrio se habla también de lo cambiada que está la escuela y su gente desde el día de los panaderos.

Hay gente a favor y gente en contra. Por todo esto que pasó digo que, alguna vez, esta aventura va a ser leyenda.





INFORMES



ABRÓCHESE
EL CINTURÓN



NO USE
EL CELULAR



PASE LIBRE
A LA LECTURA



SI BEBIÓ
NO CONDUZCA



LUCES BAJAS
OBLIGATORIAS



LAURA DEVETACH



Nació el 5 de octubre de 1936 en Reconquista, Santa Fe. Es escritora e investigadora. Fue codirectora de colecciones de libros para niñas y niños. Es autora de teatro infantil, libretos televisivos, literatura para adultos, canciones. Realizó colaboraciones en radio, televisión y periodismo gráfico. Recibió numerosos reconocimientos, tales como: Premio Casa de las Américas, Premio Fondo Nacional de las Artes, Premio Octogonal de Francia, Destacados de Alija 2004. Su libro *La torre de cubos* sufrió la censura de la dictadura militar: dice la resolución N° 480 del Ministerio de Cultura y Educación de Córdoba que prohibía la obra, entre otros argumentos, porque critica “la organización del trabajo, la propiedad privada y el principio de autoridad” (citado en *Un golpe a los libros*, de Hernán Invernizzi y Judith Gociol). Los cuentos de Devetach hablaban de la vida cotidiana –los padres que trabajan, las familias a las que no les alcanza la plata– en una época en que la literatura infantil recién comenzaba a consolidarse.

Entre sus obras figuran: *Monigote en la arena*, *Historia de una ratita*, *Picaflores de cola roja*, *El ratón que quería comerse la luna*, *El paseo de los viejitos*, *Un cuento ¡Puajjj!*



Presidencia de la Nación



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

DNPS Dirección Nacional
DE POLÍTICAS
SOCIOEDUCATIVAS

LECTURA PARA TOD@S



Km
20